

Latinoamérica tukurizada

Julián Salas Serrano¹. Investigador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España

Hoy, la mayoría de los latinoamericanos, sí, más de la mitad, viven en tugurios, villas (Argentina), favelas (Brasil), ranchos (Venezuela), ciudades de paracaidistas (México), ciudades piratas (Colombia), pueblos jóvenes (Perú), callampas y mediaguas (Chile), limonás (Guatemala), barbacoas (Cuba), cantigriles, campamentos... formas diferentes de designar parecidas condiciones infrahumanas de vida.

Entre los años 1960 y 2000 el mundo pasó de 3.000 a 6.000 millones de habitantes. En este período de tiempo, Latinoamérica creció de 240 a 520 millones. Una singularidad que presenta el Área es su alta tasa de urbanización² que en el período mencionado creció en forma sorpresiva del 50% al 73,4%. ¿Qué ha supuesto esto?... pues entre otras cosas, que América Latina tenga hoy la misma población rural que hace cuatro décadas; que ha duplicado su población total; que su población urbana se ha triplicado y que se ha quintuplicado su población tukurizada.

El crecimiento de la tasa de urbanización se muestra imparable. Los latinoamericanos han optado obcecada y decididamente por asentarse en áreas urbanas, donde ya habitan 400 millones de personas. ¿Qué buscan las personas que diariamente abandonan el campo optando por la ciudad?, anhelan “el derecho al futuro”. La promesa medieval: “el aire de la ciudad os hará libres”, que visionaba la urbe como el recinto propicio para escapar de la servidumbre feudal, sigue teniendo vigencia en el continente americano. Se abre camino el convencimiento de que las ciudades no sólo persistirán en sus magnitudes actuales, sino que aumentarán en tamaño e importancia a medida que los países en desarrollo se desplazan hacia economías dependientes de las ciudades y de los bienes y servicios que sólo ellas pueden proporcionar. Aumentan los que apuestan por la ciudad como generadora de riqueza, creadora de empleo e impulsora del cambio social, que permitirá a los países en desarrollo integrarse en la corriente globalizadora del comercio y la política.

Puede resultar de interés señalar, que de las diez urbes más pobladas del mundo en el 2000, tres se localizaban en América Latina (México D.F. con 18,1 millones; Sao Paulo, 17,8 y Buenos Aires, 12,6). También es ilustrativo el hecho de que uno de cada tres latinoamericanos habite en ciudades de más de un millón de habitantes.

La hegemonía del sector informal. La esperanza más tangible y cotidiana de solución del problema del hábitat popular para millones de latinoamericanos, se sustenta en la que Octavio Paz llamaba “tercera sociedad”, Carlos Monsiváis “movilización social permanente”, y, cerrando las citas mexicanas, Carlos Fuentes matiza afirmando que “...a medida que la sociedad civil, portadora de la continuidad cultural, incrementa su actividad política y económica, desde la periferia hacia el centro y desde abajo hacia arriba, los viejos sistemas, centralizados, verticales y autoritarios del mundo hispánico, serán sustituidos por la horizontalidad democrática”.

El potente sector informal - el de la economía sumergida o negra, el menudeo, los precaristas, los paralegales y marginales...- es pieza clave en la construcción de tugurios y viviendas en América Latina. Sin su aportación mayoritaria y tenaz, la situación sería peor. Hay que sopesar a la hora de valorar la importancia del sector informal en la economía general de los países del Área, el dato que aporta la Organización Internacional del Trabajo (OIT): *...durante la década 1990-2000 el 85 por ciento de todos los nuevos puestos de trabajo en América Latina y el Caribe fueron creados por el sector informal de la economía.* Es más, habría que matizar que este sector es el gran empleador de los más pobres: las mujeres y la mano de obra no especializada. Puede afirmarse por tanto, que en un porcentaje muy elevado, la vivienda y los barrios marginales dan cobijo al sector informal de la economía y que las acciones de mejoramiento barrial y/o habitacional, suponen inexcusablemente una fuerte repercusión sobre los ingresos de las pequeñas empresas familiares ya para muchas familias no existe una distinción clara entre las actividades domésticas (reproducción) y actividades económicas (producción).

¹ Julián Salas es Investigador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España, Director del ICHAB sobre *Habitabilidad Básica* en la ETS de Arquitectura de Madrid y autor del libro “*Contra el Hambre de Vivienda*” (Escala, Bogotá 1996).

² Tomando como tal el porcentaje de población en ciudades de más de 25.000 habitantes.

Pobreza e inequidad se instalan en la ciudad. Las insuficiencias y carencias en materia de infraestructura, agravadas por la drástica reducción de la inversión pública durante las dos últimas décadas, constituyen un factor que no sólo limita seriamente la capacidad competitiva de la Región sino que repercute muy desfavorablemente la vida en las ciudades. Resulta clarificador el diagnóstico que bajo el título “La experiencia de América Latina: recuperación sin mejora de la distribución” presentó el Banco Mundial (Informe, 2000), en el que se demuestra que en el decenio de los años noventa, la participación que correspondió al 10% de la población con mayores ingresos aumentó en más del 10%, a costa de los otros grupos y que el 10% más pobre sufrió una caída del 15% de la parte que le correspondía en ingreso, eliminando la mejora de la distribución anterior a la crisis.

Siguiendo con el mal endémico de la inequidad latinoamericana, dos datos pavorosos recientes: en Buenos Aires capital (septiembre 2003) el cociente de los ingresos del décimo de la población más rica y el de la más pobre ha crecido hasta 74. Por otra parte, y según el PNUD (2002), Brasil despidió el siglo XX desde el furgón de cola de los países con peor distribución de renta del mundo: el 1% de la población brasileña con mayores ingresos gana lo mismo que el 50% de la población más pobre.

¿De qué volumen de necesidades hablamos? La Comisión Económica para América Latina (CEPAL) cifró el déficit habitacional del Área en 25,7 millones de acciones de rehabilitación imprescindibles para mantener en uso el parque de infraviviendas y en 27,9 millones, el déficit de nuevas viviendas. Adoptando una media de cinco personas por alojamiento, se llega a la conclusión de que 130 millones de latinoamericanos habitan en alojamientos precarios, y que 140 millones carecen de vivienda. Un total de 270 millones de latinoamericanos mal alojados o sin alojamiento, es un lastre abrumador y un invariante, que con mayor o menor gravedad, se manifiesta en todos los países del Área.

Al iniciarse el milenio, 25 millones de viviendas carecen de agua potable y un tercio del parque habitacional urbano no dispone de sistemas de evacuación de excretas. Las carencias se agudizan ya que el número de hogares aumenta a mayor ritmo que el crecimiento demográfico, como consecuencia de que las nuevas familias urbanas tienden a diversificarse y reducir su composición. No obstante, durante la década última, las leyes del mercado se aplicaron con rigor a la vivienda, que hasta bien reciente, era considerada como compromiso constitucional en la mayoría de los estados latinoamericanos: el derecho a una vivienda digna figura en 17 de los 19 textos constitucionales vigentes.

El impostergable reto de la mejora de barrios precarios. El Banco Mundial, el gran agente financiero multilateral e inspirador de políticas de vivienda para el subdesarrollo, enuncia “el “mejoramiento de infraestructuras en barrios de tugurios y asentamientos de ocupantes ilegales” entre las nuevas prioridades para sus préstamos en el sector del hábitat, y la CEPAL, ha cuantificado de forma razonable y modesta en 171.000 millones de dólares³, el presupuesto que sería necesario para proceder al mejoramiento del hábitat tugurizado en Latinoamérica, consistente en: *ampliar* (construcción de una habitación para las situaciones con hacinamiento crítico, más de tres convivientes por “dormitorio”); *equipar* (dotando de agua y alcantarillado) y *reparar* (estructuras y techos).

El mejoramiento barrial y la consolidación de lo construido en condiciones de extrema necesidad, son asignaturas pendientes del hábitat en América Latina y retos inaplazables para la agenda de los gobiernos democráticos. La precariedad del hábitat ha mostrado en forma dramática por las consecuencias de los fenómenos naturales que han asolado el Área sacando a la luz pública sus debilidades. Se han contabilizado en 62.000 las pérdidas humanas en la década de los noventa ocasionadas por desastres de origen sísmico, volcánico e hidrometeorológico, con destrozos materiales evaluadas en unos 15.000 millones de dólares.

Mejorar favelas, tugurios, villas miseria..., supone luchar en favor de la salud y paliar la “intensidad de exposición” –niños y adultos que duermen juntos o que comparten vivienda con animales domésticos- disminuyendo la incidencia de las enfermedades. El factor intensidad es causa de tuberculosis, sarampión, tos ferina, convulsiva y diarrea..., todos los cuales se propagan con mucha mayor rapidez y matan más a menudo en las viviendas y barrios donde reina el hacinamiento.

El imparable proceso de tugurización latinoamericano también ha llevado a que en el último Informe de Naciones Unidas UNCHS-HÁBITAT (2002), sobre la situación de las ciudades del mundo, se concluya de forma contundente: *El 29% de las ciudades del mundo en desarrollo presentan áreas urbanas consideradas como inaccesibles o peligrosas para los servicios policiales. En Latinoamérica y el*

³ La cifra final estimada en 171.000 millones de dólares para el total de modestas acciones de mejoramiento del hábitat precario, no cabe duda que resulta sobrecogedora, no obstante, invitamos al lector a que la relativice y obtenga sus propias conclusiones frente a los 75.000 millones de \$USA consumidos ya en la guerra en Irak (25.03.2003) y los 87.000 millones suplementarios solicitados (08.09.2003) que hacen un total de 162.000 millones de \$USA.

Caribe este valor asciende al 49%. Se trata del único valor, de los muchos que analiza el Informe, en el que Latinoamérica y El Caribe aparecen en peores condiciones que la media de las ciudades del mundo.

¿Hacia dónde vamos? No resulta plausible confiar en que el gasto social se incremente aumentando la carga tributaria, ya que ésta registró en el Área una tendencia decreciente a lo largo de la última década y el alza del impuesto territorial suscita fuertes resistencias políticas. Es por ello, que resulta urgente explorar otras fuentes de financiación para los programas de vivienda social. La obtención de créditos de la banca internacional para la mejora o construcción de viviendas era, y es, la forma más asequible de incrementar los presupuestos públicos. En los últimos años, esta modalidad ha posibilitado ciertos avances en el mejoramiento y consolidación de barrios informales, así como en el saneamiento, electrificación y construcción de nuevas viviendas, aunque en no pocos casos se hayan utilizado dichos fondos en la financiación de viviendas para sectores medios y altos.

La creciente participación del sector privado en la construcción habitacional se ha centrado en los segmentos de mayor rentabilidad, estimulando el mercado de los instrumentos financieros a largo plazo con el fin de reducir costos de operación y aprovechar el alto potencial que tienen las compañías de seguros y mutuas de previsión para derivar recursos hacia este tipo de instrumentos. Resulta imprescindible propiciar un cambio en la óptica de las políticas sectoriales para que la vivienda social no se entienda como gasto, y que se destaque el apoyo que las políticas habitacionales pueden prestar a una gestión macroeconómica coherente y estable, mediante el aumento de la inversión y el ahorro.

El Banco Mundial, entre sus objetivos para el corto plazo, destaca la posibilidad de comercializar al máximo la vivienda de bajo costo hasta hacer de ella una mercancía barata que, con medidas adecuadas de financiación, sea asequible para la mayor parte de la población. Tales aspiraciones parecen pertinentes, sin embargo, es preciso resaltar sus fuertes limitaciones ya que la mayor parte de los pobres e indigentes, el 30%, 40%, 50% o más de la población según los países de América Latina, seguirán excluidos del mercado formal.

La pérdida -de hecho- del derecho constitucional a la vivienda; la caída del gasto social y el declive de la cuota asignada al hábitat, arroja en muchos países latinoamericanos a más del 50% de los ciudadanos fuera del sistema formal. Las recientes propuestas del Banco Mundial refrendando la comercialización de la vivienda nos llevan a concluir, que resulta atractivo el diagnóstico del mexicano Carlos Slim, -quizás el mayor empresario de Latinoamérica-, al afirmar en la Cumbre de Devos que: "... el gran negocio del Siglo XXI será declararle la guerra a la pobreza". Puede que sea un gran negocio declararle la guerra a la pobreza en alianza con el Banco Mundial... pero no parece tan evidente que se consiga la deseable victoria: derrotar a la pobreza, frenar la turgurización. Difícilmente podrá ganarse la batalla contra el hambre de vivienda bajo la bandera del ¡sálvese quién pueda!